

H. Vicente del Río Díez, S. I.

(Pedrosa del Río Urbel, Burgos, 22/01/1913 – Villagarcía de Campos, Valladolid, 16/12/2016)

El martes 15 de diciembre a las 2:30 de la mañana falleció en Villagarcía el H. Vicente del Río. Había nacido el 22 de enero de 1903 en Pedrosa del Río Úrbel (Burgos). Con acento en la u, como él solía repetir recordando a su paisano fray Justo Pérez de Úrbel: “Úrbel será Urbel cuando la cárcel sea carcel”. Le faltaba poco más de un mes para cumplir los 103 años.

Era el último de los 7 hijos de Fabián del Río y Claudia Díez. Un nacimiento tardío que lo convirtió en tío de sobrinos mayores que él. Pasó una infancia y adolescencia enfermizas que le obligaron a llevar un corsé metálico a la edad de 15 años y más tarde lo liberaron del servicio militar obligatorio, que él rompió a los 23 años ofreciéndose como voluntario en la Guerra Civil, movido, según confesaba, por su fe cristiana. Luchando estuvo en varios frentes, hasta en la batalla del Ebro, y durmiendo en ocasiones sobre la nieve y junto a compañeros muertos en combate.

Movido por esta misma fe, respondió a la llamada de Jesús e ingresó en la Compañía de Jesús a los 30 años, en Loyola, y después de una temporada, en el Colegio Máximo de Oña (Buros).

Nada más terminar el noviciado, comenzó su largo caminar por las casas de diversas provincias jesuitas, siempre al servicio de las comunidades y de todos quienes vivían y expresaban su fe en nuestras residencias.

Su primer destino, a Vitoria, lo convirtió en uno de los fundadores del posterior Instituto Politécnico de Jesús Obrero, fundado por el P. Demetrio Ruiz. Fueron 4 años de penuria económica y, por ello, de fe en la providencia de Dios.

Pasó luego a Valladolid, como sacristán, durante 12 años, y allí en un mes de verano tuve la alegría de conocerlo junto a un nutrido grupo de jesuitas jóvenes (alguno de ellos ya sacerdote) que estudiaban en la Universidad de Valladolid en sus años de Magisterio.

Destinado a Burgos durante dos años como enfermero, cuidaba y educaba a los alumnos del naciente colegio de la Merced, para ir a desembarcar a Logroño, donde pasó el resto de su vida activa, interrumpida solo por un año sustituyendo en Burgos al hermano sacristán enfermo.

En Logroño vivió 47 años: 25 en la residencia de S. Bartolomé y 22 en la parroquia S. Ignacio y en el colegio del Sagrado Corazón.

Conocido en Logroño por su vespino que utilizaba para rápidas excursiones en sus breves ratos libres, de total dedicación a la sacristía. Luego ya en la comunidad del colegio y parroquia San Ignacio, por sus excursiones comunitarias al Urbión y al Moncayo, a donde subió y de donde bajó en zapatos veraniegos con cerca de 80 años a cuestas.

En este su último destino, antes del retiro a Villagarcía de Campos, era conocida la familiar rivalidad en el servicio a todos, sobre todo a los niños, entre él y el H. Teodosio Benito, al que por verlo siempre vestido de sotana, los niños llamaban “Padre Benito”. Vicente comentaba: “Le quitas la sotana y no queda nada”. Yo, como testigo del rosario que todos los días rezaba en la parroquia, le decía: “Vicente, cómo dices tú eso del H. Benito, al que tú todos los días lo llamas 50 veces “hijo de

María”. “Qué quieres decir?” me preguntaba y yo le respondía: “todos los días dices a María “benito es el fruto de tu vientre...”. Se reía, como lloró desconsoladamente por la muerte de su querido rival H. Benito.

Retirado a Villagarcía, el catálogo le asignaba como misión “Ora por la Iglesia y la Compañía”. Pero creo que esa fue misión permanente y vital. Así me lo confesó cuando casi todos los miembros de la comunidad contrajeron salmonela el 31 de agosto de 1988. Él fue como “su rival”, el H. Benito, hubo de ser ingresado en el Hospital de la Seguridad Social y luego en el Hospital Provincial, donde se repuso antes que nadie para participar en la misa celebrada por el P. Agúndez, provincial, en el nombramiento como superior del P. Abel de las Heras, y en cuya primera lectura del libro del Apocalipsis se nos definió como “estos son los que vienen de la gran tribulación”.

Sí, efectivamente, siempre tomó en serio su misión de orar por la Iglesia y por la Compañía. Nos daba ejemplo y nos estimulaba a ellos en las misas comunitarias. Como fue también ejemplo de hacer de “vínculo de unión en la familia”, reconocido por todos sus sobrinos nietos y hasta por los bisnietos”. Así lo reconocían con su llanto al sentir su muerte, como la pérdida del vínculo de unión familiar, aún en medio de la paz.

Hombre detallista, de memoria hasta la víspera de su muerte, de todos por los que él oraba, exquisitamente limpio (“olía a bebé” me decía una de sus sobrinas nietas), fiel en el cumplimiento de la misión asignada y siempre dispuesto e incluso anhelante del encuentro definitivo con Jesús y María, sobre todo en los últimos años en Villagarcía, y con emoción que compartí con él en sus últimas horas, en que rezamos juntos el Ave María: “Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte”. La rezamos después de recordar con alegría a sus amigos de Logroño. Sonriendo lo dejé después de darle la última bendición y el último beso en el hospital de Valladolid. Una vez muerto, su rostro reflejaba la misma paz.

Descansa en paz, Vicente, y mantén tu compromiso de ser vínculo de unión familiar, y la misión de orar por la Iglesia y la Compañía.

Marcelo Fernández Cartón, s.j.
Valladolid, 23.12.2015